

tesco no justificaban la entrada del que llegaba á la puerta, allí se le escuchaba y prontamente se le despedía.

Supieron los mexicanos fabricar arcos y bóvedas como consta por las pinturas, y como se ve en sus baños, en las ruinas del palacio real de Tezcuco, y en las de otros edificios que se preservaron del furor de los conquistadores. También hacían uso de las cornisas, y de otros adornos de arquitectura. Gustaban de otros que labraban en la piedra y en torno de las puertas y ventanas, á manera de lazos, y en algunos edificios había una gran sierpe de piedra, en actitud de morderse la cola, después de haber girado el cuerpo, en torno de las ventanas de la casa. Los muros eran derechos y perpendiculares, aunque no sabemos de qué instrumento se servían para su construcción, porque el descuido de los historiadores nos ha privado de datos sobre este y otros puntos curiosos, relativos á sus artes. Algunos creen que los albañiles de aquellos países, cuando alzaban algún muro, amontonaban tierra por uno y otro lado, aumentando estos montones, á medida que el muro se alzaba, de modo que cuando se concluía, se hallaba como enterrado, y cubierto por la tierra que se había amontonado; con lo que no necesitaban de andamiaje. Pero si bien es cierto que este modo de fabricar haya estado en uso entre los mixtecas y otras naciones de aquellos países, no creo que lo practicasen los mexicanos, atendida la suma prontitud con que terminaban sus edificios. Sus columnas eran cilíndricas ó cuadradas, pero no sabemos que tuviesen bases ni chapiteles. Ponían particular empeño en tenerlas de una sola pieza, y tal vez las adornaban con figuras de bajo relieve. Los cimientos de las casas grandes de la capital, se echaban por causa de la poca solidez de aquel terreno, sobre un plano de gruesas estacas de cedro, clavadas en tierra como después han seguido haciendo los españoles. El techo de estas casas era de cedro, de abeto, de ciprés, de pino, ó de oyametl; las columnas, de piedra ordinaria, y en los palacios, de mármol y aún de alabastro, que algunos españoles creyeron jaspe. Antes del reinado de Ahuitzotl, los muros eran de piedra común; pero habiéndose descubierto en su tiempo las canteras de TETZONTLI á orillas del lago mexicano, se adoptó ésta como la más idónea, para los edificios de la capital, porque es dura, ligera y porosa como una esponja, y la cal se une á ella fortísimamente. Por esta razón y por su color, que es un rojo obscuro, se prefirió aún en la época presente. Los empedrados de los patios y de los templos eran por lo común de piedra de Tenayocan; pero había otros hechos con pedazos de mármol y de otras piedras finas.

Por lo demás, aunque los mexicanos no hayan tenido un gusto arquitectónico comparable al de los europeos, no es menos cierto que los españoles quedaron tan sorprendidos y admirados al ver los palacios reales de México, que Cortés, en sus cartas á Carlos V, no hallando expresiones con que encarecerlos, le decía: "Tenía (Moteuczoma) dentro de la capital casas tan grandes y ma-

ravillosas, que no puedo dar á entender de otro modo su excelencia y grandeza, si no es diciendo que no las hay iguales en España. "Las mismas expresiones usa Cortés en otros lugares de sus cartas, el Conquistador Anónimo en su apreciable relación, y Bernal Díaz en su sincerísima historia. Los tres eran testigos oculares."

(Diccionario Universal de Historia y Geografía. Apéndice. Tomo I. páginas 263 y 264 México. 1855.)

### TEMAZCALLIS, Ó HIPOCAUSTOS.

"Poco menos frecuentes eran entre los mexicanos y otros pueblos de Anahuac, los baños de TEMAZCALLI, que siendo una de las singularidades más notables de aquellos países, no ha sido descrita por ningún autor español, en cuyas obras se suelen hallar grandes pormenores de objetos mucho menos importantes; de modo que si este uso no se hubiera conservado hasta nuestros días hubiera perecido enteramente su memoria.

El temazcalli ó hipocausto mexicano, se fabrica por lo común de ladrillos crudos. Su forma es muy semejante á la de los hornos de pan, pero con la diferencia que el pavimento del temazcalli es algo convexo, y más bajo que la superficie del suelo, en lugar que el de nuestros hornos es llano y elevado, para mayor comodidad del panadero. Su mayor diámetro es de cerca de ocho pies, y su mayor elevación de seis. Su entrada también semejante á la boca de un horno, tiene la altura suficiente para que un hombre entre de rodillas. En la parte opuesta á la entrada hay un hornillo de piedra, ó de ladrillos, con la boca hácia la parte exterior, y con un agujero en la superior, para dar salida al humo. La parte en que el hornillo se une al hipocausto, la cual tiene dos pies y medio en cuadro, está cerrada con piedra seca de TETZONTLI ó con otra no menos porosa que ella. En la parte superior de la bóveda, hay otro agujero como el de la hornilla. Tal es la estructura común del temazcalli, como hasta hoy se usan: pero hay otros que no tienen bóveda ni hornilla, y que se reducen á unas pequeñas piezas cuadrilongas, bien cubiertas, y defendidas del aire.

Lo primero que se hace antes de bañarse es poner dentro del temazcalli una estera, en lugar de la cual los españoles ponen un colchon para mas comodidad, un jarro de agua, y unas yerbas ú hojas de maíz. Después se hace fuego en el hornillo, y se conserva encendido hasta que esten hechas ascua las piedras de que he hecho mención. El que quiere bañarse entra ordinariamente desnudo y solo, ó acompañado de un sirviente si su enfermedad lo exige, ó si así le acomoda. Inmediatamente cierra la entrada, dejando un poco abierto el agujero superior, á fin de que salga el humo que pueda introducirse del hornillo, y cuando ha salido todo, lo cierra también. Entonces empieza á echar agua en la piedra encendida, de la que se alza un denso vapor, que va á ocupar la parte supe-

rior del temazcalli. Echase en seguida en la estera, y si tiene consigo un sirviente, éste atrae hácia abajo el vapor con las yerbas, ó con el maíz, y con las mismas mofadas en el agua del jarro que ya está tibia, golpea al enfermo en todo el cuerpo, y sobre todo en la parte dolorida. Inmediatamente se presenta un sudor copioso y suave, que se aumenta ó disminuye, según conviene. Conseguida la deseada evacuación se deja salir el vapor, se abre la puertecilla, y se viste al enfermo; ó si no, bien cubierto lo llevan sobre la estera ó sobre el colchon á una pieza inmediata, pues siempre hay alguna habitación en las cercanías del baño.

Siempre se ha hecho uso del temazcalli en muchas enfermedades, especialmente en las calenturas ocasionadas por alguna constipación. Usanlo comunmente las indias después del parto, y los que han sido heridos ó picados por algún animal venenoso. Es, además, un remedio eficaz para los que necesitan evacuar humores gruesos y tenaces, y yo no dudo que sería útilísimo en Italia, donde se padecen tan frecuentes y graves reumatismos. Cuando se necesita un sudor mas copioso, se coloca el enfermo algo mas cerca del techo, donde es mas espeso el vapor. Es tan común aun en el día el temazcalli, que no hay población de indios donde no se vean baños de esta especie."

(Diccionario Universal de Historia y Geografía. Apéndice Tomo III, páginas 514 y 515. México. 1856.)

### "MUEBLES Y OCUPACIONES DOMESTICAS DE LOS MEXICANOS.

Los muebles no correspondían á tanta vanidad. La cama se reducía á una ó dos esteras fuertes de junco, á las cuales los ricos añadían otras finas de palma, y sábanas de algodón, y los señores, unas telas tejidas con plumas. La almohada de los pobres era una piedra, ó un pedazo de madera. Los ricos la usarian quizás de algodón. La gente común no se cubría en la cama sino con el mismo tilmatl, ó capa: pero los ricos y nobles se servían de colchas de algodón y pluma.

Para comer, en lugar de mesa, estendían en el suelo una estera. Tenían servilletas, platos, fuentes, ollas, orzas, y otra vasija de barro fino; mas no parece que no conociesen el uso de la cuchara, ni del tenedor. Sus asientos eran unos banquillos bajos de madera, de junco, de palma, ó de una especie de caña, que llamaban *icpali*, y los españoles equipales. En ninguna casa faltaban el *Metlatl*, y el *Comalli*. El metlatl era la piedra en que molían el maíz, y el cacao. Todavía es usadísimo aquel instrumento en todo el territorio mexicano, y en la mayor parte de los países de América. Lo han adoptado también los europeos para el chocolate. El comalli era, y es todavía, una especie de tortera redonda, y algún tanto cón-

cava, que tiene un dedo de grueso, y cerca de quince pulgadas de diámetro. Se usa tanto como el metlatl.

Los vasos de los mexicanos eran de ciertas frutas semejantes á las calabazas, que nacen en los países cálidos, en árboles de mediano tamaño. Los unos son grandes, y perfectamente redondos, y se llaman *Xicalli* y los otros más pequeños, y cilíndricos, á los que dan el nombre de *Tecomatl*. Ambos frutos son sólidos y pesados: la corteza es dura, leñosa, de un color verde oscuro, y la semilla parecida á la de la calabaza. El *Xicalli* tiene cerca de ocho pulgadas de diámetro; y el *Tecomatl* poco menos de largo, y cerca de cuatro dedos de grueso. Cada fruto dividido por medio da dos vasos iguales; le sacan la parte interior, y con una tierra mineral le dan un barniz permanente, de buen olor, y de varios hermosos colores, especialmente rojo. Hoy suelen platearlos y dorarlos.

No usaban los mexicanos ni candeleros, ni velas de cera y sebo, ni aceite para luces. Aunque tenían muchas especies de aceite, solo los empleaban en la medicina, en la pintura, y en los barnices, y aunque extraían gran cantidad de cera de los panales, ó no quisieron, ó no supieron aprovecharse de ella para el alumbrado. En los países marítimos solían servirse para esto de los *Cucuyos* ó escarabajos luminosos; pero el alumbrado común se hacía con teas ó rajas de *Ocotl*, que aunque daban buena luz, y buen olor, exhalaban demasiado humo, y con él ennegrecían las habitaciones. Uno de los usos europeos que mas apreciaron los mexicanos después de la conquista, fué el de las velas: pero lo cierto es que aquellas gentes no necesitaban de medios exteriores de alumbrarse pues consagraban al reposo todas las horas de la noche, después de haber dado al trabajo todas las del día. Los hombres trabajaban en sus artes, y oficios, y las mujeres en coser, hilar, bordar, hacer el pan, preparar la comida, y limpiar la casa. Todos hacían oración diaria á sus dioses, y quemaban copal en su honor, por lo cual en todas las casas había ídolos, ó incensarios.

El modo que tenían los mexicanos, y las demás naciones de Anáhuac de hacer fuego, era el mismo que empleaban los antiguos pastores de Europa, esto es, la violenta frotación de los leños secos. Los mexicanos en estos casos usaban del achicote. Boturini asegura que sabían hacer uso del pedernal.

Tomaban por la mañana, después de algunas horas de trabajo, el almuerzo ordinario, que se reducía al *Atollí*, ó poleadas de harina de maíz. Comían después de medio día, pero ningún historiador de los muchos que he consultado hace mención de su cena. Eran pocos en comer, pero bebían mucho y con frecuencia. Sus bebidas comunes eran vino de maguey, ó de maíz, ó de chia, ó las que hacían con cacao, ó agua natural.

Después de comer, los señores solían conciliar el sueño con el humo del tabaco. De esta planta hacían gran uso. Empleábanla en emplastos, ó para fumar, ó en pol-